



Magnificación del perpetrador y minimización de la víctima. Consideraciones a propósito del culto al criminal¹

Alejandro Bustamante Fontecha²

Resumen:

No resultan escasos los criminales que, de un modo o de otro, han ejercido algún tipo de fascinación sobre las comunidades que han padecido sus ominosas acciones. Podría argumentarse que el culto a los bandidos y su laica sacralización no es otra cosa que una peculiar manifestación contracultural de los sectores subalternos que utilizan estos símbolos para expresar sus sentimientos de rebeldía ante las variadas formas de opresión que reciben de parte de los poderes establecidos. Quizás sea así, pero debe haber algo más, máxime cuando este fenómeno se presenta no solo en relación con los *bandidos sociales* estudiados por Hobsbawm, sino respecto a los peores criminales

1. Este trabajo forma parte de la investigación que estoy adelantando para mi tesis doctoral "Matar es cosa baladí. Banalidad del mal y banalización de la vida. Fundamentos para un estudio del homicidio. Medellín: 1978-2010".

2. El autor es candidato a doctor en Ciencias Humanas y Sociales, y profesor asociado de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

que se puedan encontrar. En este trabajo se pretende realizar una aproximación a este problema.

Palabras Claves: Víctima; Criminalidad; Violencia;

Magnification of the perpetrator and the victim minimization. Considerations criminal purpose of worship

Abstract:

One way or another, the criminals who have had some kind of fascination on the communities who have had their ominous actions, do not result a few. It could be argued that devotion to the bandits and their secular consecration is nothing but a peculiar countercultural manifestation of the subaltern sectors who use these symbols to express their feelings of rebellion against the different forms of oppression they receive from the established powers. Perhaps so, but there must be something else, especially when this phenomenon appears not only in relation to social bandits studied by Hobsbawm, but about the worst criminals that can be found. In this paper we aim to make an approach to this problem.

Keywords: Victim; Criminality; Violence;

En su opúsculo *El verdadero Barbazul* (1983), el pensador francés Georges Bataille nos presenta, con lujo de detalles, una historia muy apropiada para ilustrar el problema que abordaremos aquí. Allí analiza la historia de Gilles de Rais, aristócrata francés de principios del siglo XV, quien en el año 1440, cuando frisaba los treinta y cinco años, fue condenado –en una decisión característica de la época– a morir ahorcado para luego ser quemado en la hoguera, debido a la gravedad de los crímenes cometidos por el insensato en los años anteriores. Después de haber sido uno de los hombres más ricos de Francia, llegando a poseer varios castillos; de gozar de gran prestigio por haber luchado al lado de Juana de Arco en el sitio de Orleans, y de haber ostentado el título de Mariscal, el disoluto cayó en desgracia tras haber dilapidado su inmensa fortuna y haberse convertido en una amenaza para los intereses de los señores feudales y de la iglesia católica, a cuenta de sus acciones desafiantes que incluían el asalto a castillos, la toma de rehenes operada sobre algunos miembros de la nobleza y la celebración de ritos satánicos, entre otras cosas.

No obstante, las acciones que lo hicieron merecedor del título de *Barbazul* en el imaginario popular, se deben al hecho –reconocido por él en el proceso que se le adelantó– de haber secuestrado, violado, torturado, vejado y asesinado con sevicia, a un número indeterminado –pero, en todo caso, muy elevado– de jóvenes entre los siete y los veinte años. Pero Bataille nos deja claro que esa no fue la razón de la caída de Gilles de Rais, ya que en aquella época, la vida de aquellos infortunados valía poca cosa:

[...] aquellos niños de siete a veinte años morían tan anónimamente como cabritillos. [...] lo más sobresaliente de aquellos horrores era la indiferencia de los participantes.

No hubieran podido imaginar el sentimiento que, en nuestros días, ha adquirido ese rigor inmutable: el espanto y la indignación que rebasaban todos los límites... En su tiempo, Gilles de Rais era un personaje muy importante y los pequeños mendigos a los que degollaba no contaban más que los cabritillos.

Nos resulta difícil valorar la distancia que en aquella época existía entre el hombre que aplastaba, crecido por su fortuna y su nacimiento, y el insecto aplastado entre dos piedras (Bataille, 1983, pp. 83-84).

En aquel mundo regido por desigualdades extremas, la vida de las personas no poseía el mismo valor. De allí que para los poderes establecidos no tuvieran demasiada importancia las veleidades de los potentados, por bizarras que éstas fuesen. En ese sentido, las atrocidades cometidas por el Barón de Rais ni siquiera tenían un carácter excepcional, aunque tampoco fueran la regla, claro está³; pero la crueldad, sobre todo con los estratos inferiores de la sociedad, sí era un hecho habitual. Con razón afirma Bataille que “los crímenes de Gilles de Rais eran los del mundo en donde los cometía. Los movimientos convulsivos de aquel mundo son los que explican aquellos estrangulamientos. Aquel mundo había admitido las diferencias crueles que dejaban sin defensa a quienes estranguló” (Bataille, 1983, p. 94).

Era un mundo concebido por los poderosos para disfrutar sin reservas de sus privilegios. Un mundo donde las jerarquías sociales estaban legitimadas y donde los sectores más débiles carecían de protección oficial frente a los constantes abusos de los más fuertes. De todos modos, no por ello las víctimas de aquellos vejámenes podían sentir menos dolor, miedo o terror, como resultado de la arbitrariedad de las acciones

3. De hecho, Bataille también hace referencia a los asesinatos cometidos “más de un siglo después, en Hungría”, por la condesa Erzsébet Báthory. (1983, p. 84).

a las que se encontraban expuestas. Antes, cabe suponer todo lo contrario. Incluso es razonable presumir que un profundo resentimiento y un inefable desprecio se hayan ocultado tras la aparente resignación exhibida por aquellos desgraciados ante la presencia de sus victimarios. Nada mejor para ilustrar tan peculiar situación, que este malicioso proverbio etíope: “Cuando el gran señor pasa, el campesino sabio se inclina ostensiblemente y, silenciosamente, se tira un pedo”. Por ello, no deja de resultar sorprendente, por decir lo menos, que en el momento de la ejecución, la variopinta muchedumbre convocada por los eclesiásticos para acompañar al reo ante el patíbulo –para satisfacer la última voluntad del condenado– lo hubiese aclamado hasta las lágrimas cuando éste, bañado en llanto, pedía perdón a las familias de sus víctimas –aquellas gentes a las que, por lo demás, tanto había despreciado– por el daño que les pudo haber ocasionado. Así, en un radical y extraño giro de sus sentimientos, los asistentes pasaron de la curiosidad morbosa que inspiran los espectáculos truculentos o del deseo de castigo que suscitan las afrentas recibidas, a convertir al criminal convicto en una especie de *monstruo sagrado* –la expresión es de Bataille– que con su histrionismo fue capaz de transportarlos hasta un estado emocional rayano en el delirio.

Hoy en día, disponemos de una categoría técnica para tipificar a este tipo de criminales: se trata, sin más, de *asesinos seriales*. Sin embargo, no siempre es posible aplicar este término a quienes han hecho méritos para hacerse acreedores de este calificativo, por cuanto los criminales pueden camuflar sus acciones de manera que aparezcan como motivadas por razones derivadas de la función que cumplen o, simplemente, utilizan el poder de que disponen para desaparecer a las víctimas y, con ellas, las pruebas que los puedan inculpar. Aun así, existen casos cuya abrumadora evidencia no deja lugar a dudas de que se trata de hechos clasificables en la categoría mencionada. Y no es necesario ir muy lejos para encontrarlos. En Colombia tenemos no uno sino varios –quizás demasiados– ejemplos. El más destacado, sin duda, es el de Alfredo Garavito (Prieto La Rotta, Pirry, 2006). Las enormes similitudes entre los asesinatos de niños perpetrados por Gilles de Rais y por Alfredo Garavito, nos hacen preguntarnos si acaso –salvando distancias apartadas por la extensión del espacio y atravesando eras separadas por el transcurso del tiempo– el crimen no tiene historia, y si sus siniestros resortes se ocultan en los resquicios más recónditos de una virtual *naturaleza humana*.

Tanto por la intensidad cuanto por la extensión de sus crímenes, ambos asesinos han sido calificados como *monstruos*. A los dos se les atribuye un número similar de chavales martirizados; la condición de aquellos chicos era de máxima indefensión.

También es similar la forma en que ambos se ensañaron con sus víctimas y el propósito de sus abusos: el control soberano de sus cuerpos con el fin de obtener de su sufrimiento, de su miedo y de su deshumanización, una satisfacción sexual o un cierto placer ilícito. Además, uno y otro realizaron, alguna vez, ritos satánicos. Pero no debemos pasar por alto, a pesar de las semejanzas, las evidentes diferencias que median entre ambos malhechores: Gilles de Rais, era un señor en una sociedad feudal, Alfredo Garavito era un vagabundo en una sociedad capitalista; Gilles de Rais era un ostentador, Alfredo Garavito era un simulador; Gilles de Rais era un histrión, Alfredo Garavito era un bufón; Gilles de Rais... ¿Podremos encontrar alguna otra diferencia relevante? La verdad, creemos que no. Pero esas diferencias podrían explicar por qué el primero fue exaltado a la condición de *monstruo sagrado* mientras al segundo sólo le alcanzó para ser clasificado en la prosaica condición de *monstruo*. Al contrario, podríamos extendernos aún más en las semejanzas, pero sólo enunciaremos una más, eso sí, muy inquietante: las víctimas de ambos eran muchachos desarraigados cuyas familias no tenían los recursos necesarios para reclamar justicia por su muerte. Probablemente, valga la pena mencionar otra: la vida de esos jóvenes andrajosos no contaba mucho –acaso nada– para las sociedades en que vivieron. Quizás, ello explicaría por qué ambos depredadores pudieron acumular tan elevado número de crímenes y prolongar por tanto tiempo sus nefandas acciones, antes de ser detenidos por las autoridades competentes.

Tal vez así podamos comprender la razón por la cual los asesinos seriales colombianos se encuentran entre los más prolíficos del planeta (Alfredo Garavito, *La bestia*: 180 niños; Pedro Alonso López, *El monstruo de los Andes*: 300 niñas; Daniel Camargo Barbosa, *El sádico del charquito*: 70 niñas, para sólo mencionar a los más notorios). A estos habría que agregar un número indeterminado de narcotraficantes, paramilitares y guerrilleros –y, probablemente, a algunos miembros de las fuerzas de seguridad del Estado– que han justificado sus acciones como parte de sus actividades criminales de carácter económico o político, es decir, sin atribuirles una motivación sexual o la búsqueda de un placer ilícito, como sucede con los primeros, pero que, en algunos casos, han llegado a superarlos en el número de homicidios: ¿Más de cien? ¿Más de quinientos? ¿Más de mil? O incluso, ¿más de diez mil? Así es, aunque suene a exageración, por ejemplo, en el caso de Pablo Emilio Escobar. Desde luego, en estos últimos casos los asesinatos no se han cometido necesariamente por la propia mano de los responsables pero estos sí han fungido como los determinadores de tales actos. Y, entonces, regresamos a lo mismo: ¿Cómo pudo permitirse que estos hechos tan abominables sucedieran? La respuesta es casi idéntica:

Las víctimas eran personas cuyas familias no tenían los recursos necesarios para reclamar justicia por el asesinato de sus seres queridos; la vida de estas gentes no contaba mucho –acaso nada– para la sociedad en que vivieron. Quizás, ello explique por qué estos depredadores pudieron acumular tanto poder como para permitirse perpetrar tan elevado número de crímenes y prolongar por tanto tiempo sus nefandas acciones, antes de ser detenidos por las autoridades competentes...

Sin duda, se trata de una cuestión de suma gravedad cuyo examen abordaremos en otro momento. Pero ahora deberemos recuperar el hilo argumentativo relativo a la exaltación del perpetrador, iniciado con el examen de la tragedia de Gilles de Rais. Otros casos semejantes podrían considerarse pero, para nuestros propósitos, nos bastará con referirnos a estos dos: el del mexicano Jesús Malverde, *el santo de los narcos*, y el del colombiano Pablo Emilio Escobar Gaviria, a quien podríamos llamar *el santo de los sicarios*.

Jesús Juárez Mazo o Jesús Malverde (Rodríguez, sin fecha, Winslow, 2011, Pérez-Reverte, 2011), el santo de los narcos, es un típico personaje legendario, de esos cuya ambigua existencia se desenvuelve entre las difusas fronteras entre lo fantástico y lo real. Según la leyenda, nació en algún lugar del Estado de Sinaloa en 1870 y murió allí mismo en 1909. Su imagen modelada en yeso, fabricada a solicitud de Eligio González, más conocido en el medio como *El Capellán* por haber erigido la primera capilla para rendir culto al bandido a mediados de los años setenta, guarda un llamativo parecido con los ídolos populares mexicanos Jorge Negrete († 1953) y Pedro Infante († 1957) (Rodríguez, sin fecha). A partir de las acciones que se le atribuyen, este personaje encaja perfectamente en la categoría de *bandido social*, de acuerdo con la clasificación propuesta por el historiador británico Eric Hobsbawm (2001). El imaginario popular lo representa como un hombre generoso, amigo entrañable de los desposeídos, a quienes protegió y enemigo acérrimo de los terratenientes, a quienes asoló. Por la naturaleza de los crímenes que se le imputan (sobre todo, asaltante de caminos en los alrededores de Culiacán), no se le puede equiparar con ningún asesino sanguinario de esos que suelen ser calificados como *sociópatas* (término apropiado para Alfredo Garavito y, anacrónicamente, también para Gilles de Rais) sino como una especie de adalid de la justicia, al margen de la ley. En fin, las razones de su prestigio son análogas a las de Robín de los bosques (Hobsbawm, 2001), más conocido como *Robin Hood*. Sus hazañas han sido magnificadas en un sinnúmero de canciones populares mexicanas, formando parte importante del escabroso género del narcocorrido. Debe observarse que aunque se haya convertido en el *santo de los narcos*, sus devotos también pueden proceder de otras modalidades del hampa, sobre todo, del

bajo mundo, y hasta de actividades lícitas pero inciertas, como la pesca de camarones. Para agradecer los favores recibidos, sus devotos depositan en los santuarios que se han replicado por diferentes ciudades localizadas a lo largo y ancho del Estado de Sinaloa, una infinidad de exvotos y diferentes ofrendas en especie o en dinero, siendo estas últimas utilizadas, según se dice, para socorrer a los desvalidos. Su culto es similar al de cualquier miembro del santoral católico, a pesar de no haber sido reconocido por la jerarquía eclesíástica. Esta práctica ha desbordado las fronteras originales, extendiéndose por algunas ciudades mexicanas y alcanzando una que otra ciudad sureña estadounidense e incluso alguna colombiana (Cali), encontrándose básicamente en aquellas zonas marcadas por la influencia de la subcultura del narcotráfico.

La historia de Pablo Emilio Escobar Gaviria es, sin duda, mejor conocida. Nacido en la vereda *El Tablazo* del municipio de Rionegro (Antioquia), el 1 de diciembre de 1949, y dado de baja en el tejado de una vivienda ubicada en el barrio *Los Olivos* de Medellín, el 2 de diciembre de 1993, es considerado el criminal más sanguinario de la historia colombiana. Según fuentes no confirmadas, pudo ser responsable de la muerte de más de cinco mil personas o, quizás, de más de diez mil, de acuerdo con los cálculos más atrevidos. En todo caso, sus víctimas se cuentan por millares. El extenso prontuario de Escobar comprende una amplia gama de delitos (terrorismo, homicidio, desaparición forzada, narcotráfico, contrabando, secuestro, tortura, extorsión, robo, chantaje, soborno, falsedad en documentos, y otros), de suerte que en su vasta carrera delictiva parece haber transitado por todas las modalidades del crimen. Se le puede considerar entonces todo un *criminal orgánico*.

Este bandido carecía completamente de escrúpulos. Cuando tomaba una decisión, no medía el alcance de sus consecuencias y sus límites sólo determinaban los resultados mínimos esperados. En él todo era desmesurado: su ostentación, su derroche, su ambición, su crueldad... y hasta su miedo. Poco se ha escrito acerca de esto último que, sin embargo, constituye una de las características más notorias de su personalidad. Le tenía un miedo exacerbado a la extradición, a sus enemigos, a la traición de sus socios y empleados, a las amenazas contra su familia, y a la pérdida del control de sus negocios. Por todo ello, solía reaccionar como una fiera acorralada ante cualquier riesgo identificado, fuese éste real o imaginario. Algunas de las sentencias de muerte que dictó se deben a simples sospechas⁴.

Aunque también fue un bandido generoso, hasta el punto de que en 1983, la recientemente reinaugurada revista *Semana* publicó el que es considerado el primer artículo sobre Pablo Escobar, bajo el título de *Un Robin Hood paisa* (*Semana*, 29 de


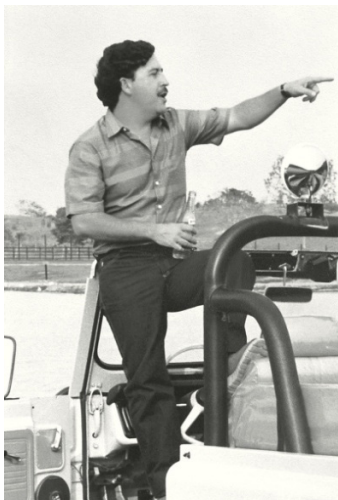
4. Como le sucedió al periodista Germán Castro Caycedo (2012).

mayo de 2012). Entre sus acciones más destacadas en este campo, las cuales realizó a principios de los años ochenta, se encuentran la dotación de la iluminación de gran parte de las canchas de fútbol barriales del Valle de Aburrá y la construcción del barrio *Medellín sin tugurios*, hoy conocido como barrio *Pablo Escobar Gaviria*. Pero todo eso formaba parte de una estrategia calculada para tomarse el control del poder político en Colombia, oscuro plan cuyas nefastas consecuencias nos proponemos examinar en otra parte.

Por ahora, bastará con mencionar la temprana adhesión –como amante, promotora y asesora de imagen– de la entonces exitosa presentadora de televisión, Virginia Vallejo, de quien se ha dicho, fue “una de las más famosas divas del final del siglo XX, vedette de la televisión y princesa de la farándula en los 80” (*Semana*, 22 de julio de 2006). En esa especie de *canto de cisne* que fue su libro *Amando a Pablo, odiando a Escobar*, escrito ante todo para exaltar las dotes materiales e intelectuales de Vallejo, para limpiar su nombre y, quién lo duda, para recuperar algún dinerillo, la otrora *diva* se jacta de haber sido comparada con Evita Perón y, mejor aún, con Manuelita Sáenz, la amante del *libertador* Pablo Escobar (Vallejo, 2007, pp. 110-111). Pero queremos llamar la atención sobre un hecho que, al parecer, ha pasado desapercibido a los *escobarólogos*, el cual podemos escudriñar a partir de unas afirmaciones que Vallejo hizo acerca del comienzo de la época de esplendor en su turbulenta relación con el capo, esto es, hacia el año 1982: “Pablo es simple y llanamente fascinante. Tiene la personalidad más masculina que yo haya conocido. Es un diamante en bruto y creo que nunca ha tenido una mujer como yo; voy a intentar pulirlo y a tratar de enseñarle todo lo que yo he aprendido. Y voy a hacer que me necesite como el agua en el desierto” (Vallejo, 2007, p. 72).

Pues bien, existe una fotografía de Escobar tomada en aquellos mismos años, en la cual éste aparece de semi-perfil, montado en un campero descapotado, mirando hacia la lejanía y señalando, con el brazo izquierdo a pesar de no ser zurdo, hacia un incierto lugar que no se puede ver. Al contemplar esta imagen resultan evidentes las correspondencias con la pintura *Horizontes* de Francisco Antonio Cano, cuyas similitudes, casi exactas, no pueden ser el resultado de una simple coincidencia. El brazo izquierdo señala el horizonte asumiendo la clásica postura de *cuello de cisne* que, como se sabe, representa una interrogación (por lo demás, nadie señala así pero, de esta forma, la imagen adquiere un aspecto más estético) (Coli, 2007); los dedos de ambas manos están dispuestos en idéntica forma que los de la pintura; la cabeza está ligeramente inclinada hacia arriba, como hace quien mira hacia lo lejos; la boca se abre levemente, como quien acompaña el gesto con palabras apenas audibles; la

mano del brazo derecho, doblado en ángulo recto, agarra, en lugar de un hacha, una botella de gaseosa; la pierna izquierda también se dobla en ángulo recto; la camisa de manga corta deja visibles los antebrazos y, finalmente, en el fondo, se pueden contemplar unas colinas distantes, muy semejantes a las del cuadro de Cano, para cuya mayor similitud se ocultó convenientemente un árbol lejano con el faro antiniebla del campero descapotado. Sólo faltan la mujer y el niño pero eso puede tener una explicación: no están invitados puesto que la aventura no se vivirá con la esposa sino con la amante. Porque en este calco, no sólo valen las semejanzas; las diferencias también cuentan. Pablo Escobar no es un campesino: está montado en un vehículo todoterreno; no está sudado: viste una cómoda camisa de seda y un suave jean, también lleva un reloj; no agarra un hacha: sostiene una botella; no se encuentra en una tierra baldía: está en su lujosa hacienda.

	
<p style="text-align: center;"><i>Horizontes</i> Francisco Antonio Cano</p>	<p style="text-align: center;">Pablo Escobar señalando con la mano izquierda</p>

Es altamente probable que esta fotografía haya sido proyectada por la asesora de marras; por lo demás, no pudimos identificar al autor –o autora– de la foto. En ella aparece un Pablo Escobar *descomplicado* y *emprendedor*, como buen paisa, que contempla esperanzado el futuro que sueña para el país y, por el cual, espera llegar un día *al solio de Bolívar*. Se puede inferir que así como él progresó, podrán hacerlo otros como él, con su ayuda y la de su *Manuelita* (llama la atención que su hija, nacida en

1984, recibió el nombre de Manuela). El proyecto se debió ir a pique por la caída en desgracia del capo, a raíz del asesinato del ministro Rodrigo Lara Bonilla, el 30 de abril de 1984. Pero ahí queda el testimonio.

A partir de entonces, Escobar se vio obligado a vivir en la clandestinidad, desde la cual llegó a cometer sus peores crímenes. Este *monstruo* que no vacilaba en matar indiscriminadamente tenía, sin embargo, su talón de Aquiles: éste era su familia. A pesar de su sonado romance con *la diva de la televisión colombiana*, la ambiciosa Virginia Vallejo, de sus amoríos con otras mujeres menos conocidas pero también hermosas y de sus frecuentes encuentros con prostitutas jóvenes del Valle de Aburrá, jamás abandonó su hogar ni permitió la procreación de vástagos por fuera de su matrimonio, aunque tuviese que acudir a medidas extremas como el aborto forzado. En medio del complejo entramado de su vida truculenta puede decirse que, en cierto modo, la devoción por su *sagrada familia* fue el catalizador que lo llevó a la muerte. En efecto, en medio del desespero ocasionado por el futuro incierto de su esposa e hijos, reclusos en el cuarto de un hotel capitalino en condición de cuasi-prisioneros, el descuido en una conversación telefónica que duró más tiempo del debido con su hijo Juan Pablo permitió a las fuerzas combinadas movilizadas para su persecución, la localización exacta de la casa en donde se encontraba escondido, en cuyo tejado fue cazado como un animal salvaje.

Tras su muerte, una enorme romería de jóvenes y viejos de ambos sexos acompañó el traslado de sus despojos mortales al sepulcro, coreando enérgicamente su nombre. La multitud estaba tan frenética que estuvo a punto de echar por tierra el ataúd donde cargaban al muerto y su familia más cercana ni siquiera pudo aproximarse al lugar en el que fue enterrado, para evitar correr el riesgo de ser destripada por la turba (Salazar, 2013).

Inmediatamente después de depositado el cadáver, la tumba del difunto se convirtió en objeto de culto y la familia se vio obligada a contratar un servicio de vigilancia privada, para evitar que los devotos o los practicantes de cultos satánicos intentaran saquear el sarcófago. Hermilda Gaviria, la madre del capo, lideró hasta su muerte, ocurrida en 2006, los rituales de conmemoración de la desaparición de su hijo, en solemnes procesiones realizadas anualmente en el barrio que lleva el nombre de éste. Muy orgullosa de su vástago, llegó a decir: “Tengo dos camisas de Pablo y duermo con ellas debajo de la almohada. Yo no creía que era criminal ni lo he creído nunca. A mí nunca me avergüenza ser la mamá de Pablo” (*El Tiempo*, 27 de octubre de 2006). Llama la atención que todavía hoy, la tumba de Pablo Escobar reciba habitualmente numerosas ofrendas florales y que al rededor de sus amplios bordes, de unas cuerdas

dispuestas especialmente para tal fin, pendan cuantiosas hojas de papel con mensajes escritos por los visitantes y turistas en honor a la memoria del bandido. ¿Acaso se acordarán también de sus innumerables víctimas?

Probablemente, no, o, mejor dicho, en el mejor de los casos, sólo de aquellas víctimas que gozaron de cierto renombre y que tienen dolientes con el suficiente poder para mantener viva su memoria. Lo sorprendente es que estas víctimas, independientemente del prestigio que hubiesen podido tener en vida, no despierten tanta admiración y ansiedad como su victimario. No falta incluso quien llegue a creer –como también sucede con otros asesinos famosos o con algunas celebridades de la farándula– que Pablo Escobar no está muerto; que su muerte fue un montaje orquestado por él mismo para evitar la persecución de las autoridades y de sus cuantiosos enemigos, y poder seguir viviendo tranquilo con otra identidad, al amparo del anonimato.

Sólo falta que empiece a hacer milagros, como se dice de Malverde. Mientras tanto, se puede contemplar su imagen sonriente impresa en la parte posterior de algunos taxis y buses urbanos con el rótulo: “Pablito”. En el año 2012, su hijo Juan Pablo –que ahora se llama Sebastián Marroquín– generó una polémica con el lanzamiento al mercado de una marca de jeans y camisetas ilustradas con diversas imágenes del extinto capo. Según la revista virtual *Kienyke*:

Aunque cada prenda parece ser un objeto de apología al delito y endiosamiento de Escobar, la compañía dice pretender todo lo contrario. “Transmitir mensajes de paz, convivencia pacífica y de bien a los jóvenes de hoy a través de la industria de la moda”, ese es su objetivo principal. Henao Escobar [sic] pretende utilizar para bien el legado familiar. El eslogan de la compañía traduce “en la paz que confiamos” (*Kienyke*, 16 de agosto de 2012).

Marroquín también lanzó en 2014 el libro *Pablo Escobar. Mi padre. Las historias que no deberíamos saber*. Se trata de un libro testimonial escrito en primera persona, en el cual, a pesar de que el autor –Juan Pablo Escobar– reconoce algunos graves delitos cometidos por el capo, predomina el interés de mostrar a un Pablo Escobar amante de su familia, preocupado por la educación de sus hijos y digno de su respeto y amor. También se puede percibir la intención de satisfacer los intereses de algunos posibles aliados, con el propósito de mejorar su imagen (la de ellos), como cuando se refiere al ex presidente Álvaro Uribe Vélez y a José Obdulio Gaviria, primo del capo. En cuanto al primero, afirma que:

Mucho se ha especulado sobre las posibles relaciones entre mi padre y el ex presidente de la República Álvaro Uribe Vélez.

A lo largo de los años los detractores de Uribe han señalado con insistencia que cuando este fue director de la Aeronáutica Civil, entre enero de 1980 y agosto de 1982, otorgó licencias ilegales y en general favoreció el crecimiento del narcotráfico en Medellín [...]

Consulté lugartenientes y amigos de confianza de mi padre y me sorprendieron sus respuestas porque en realidad mi padre llegó a ofrecer quinientos millones de pesos por la cabeza de Uribe. ¿La razón?: durante buena parte de su gestión como director de la aerocivil, Uribe le hizo la vida más difícil en el aeropuerto Olaya Herrera porque ordenó incrementar los controles, requisas y procedimientos para la entrada y salida de aeronaves.

La intención de acabar con la vida de Uribe no se quedó solo en el ofrecimiento de ese dinero sino que los hombres de mi padre fallaron en al menos tres atentados contra él (Escobar, 2014, pp. 206-207).

Llama la atención que estos hombres, que casi nunca fallaban, hubieran fracasado no en uno sino *en al menos tres atentados contra él* –Álvaro Uribe– y que ninguno de estos atentados aparezca registrado en la prensa. Marroquín tampoco suministra información verificable al respecto. En cuanto al segundo personaje, dice que:

También han rodado ríos de tinta en torno a la relación de mi padre con José Obdulio Gaviria, su primo.

Tales señalamientos carecen de fundamento, pues recuerdo haber visto a mi padre renegar de su primo José Obdulio porque se creía de mejor familia.

Mi padre se refería a él como el “primo pinchado que tengo por ahí”. Fueron pocas las veces que mi padre lo mencionó, pues no había motivo alguno de que lo hiciera ya que José Obdulio nunca se comportó como un pariente de Pablo Escobar.

Debo decir que en las miles fotografías familiares que conservamos desde la década del setenta José Obdulio no aparece en evento alguno (Escobar, 2014, p. 207).

“José Obdulio”; ¡vaya familiaridad! Por lo menos, el hijo no parece tan distante del primo como lo fue supuestamente el padre. Lo curioso es que, según la revista virtual *Kienyke*:

En su cuenta de Twitter Juan Carlos Pastrana (@jcpastrana) publicó una foto en la que dice que aparece José Obdulio Gaviria en compañía de Pablo Escobar y Carlos

Lehder. Pastrana anotó en otro trino que: “La foto es del libro *The Memory of Pablo Escobar*, de James Mollison, el famoso fotógrafo de la campaña *The Colors of Bennett*” (*Kienyke*, 20 de septiembre de 2013).

Están, además, las declaraciones de Roberto Escobar Gaviria, hermano del capo, quien declaró en su libro *Mi hermano Pablo*: “Él [José Obdulio] solía visitarnos en la Catedral y Pablo le regalaba 10 o 15 millones de pesos para sus gastos personales y políticos en Medellín” (Gómez Pinilla, 2013). En fin, es la palabra del sobrino contra la del tío y ninguna de las dos parece digna de confianza. Por último, se puede deducir que el libro pretende legitimar, ante la opinión pública, la imagen del propio Juan Pablo Escobar y de su cercano círculo familiar, en detrimento de la de sus tíos, la de sus primos y la de su propia abuela, quizás para posicionarse mejor en la voraz lucha todavía en marcha por la herencia del capo, incluida la que resulte de los litigios con el Estado colombiano. Las reacciones no se hicieron esperar pues “en respuesta a su sobrino y en relato con Noticias RCN, Roberto Escobar –hermano del extinto capocalificó como «una canallada» sus declaraciones” (*Noticias RCN*, 2 de diciembre de 2014). Extrañamente, como si se tratase de un hecho fortuito, el 15 de agosto de 2015 apareció una supuesta foto de Manuela Escobar –la consentida hija del capo– en la revista virtual *Las 2 orillas* (*Las2orillas*, 15 de agosto de 2015). De ser auténtica, esta filtración podría ser parte de los preparativos de la familia Escobar Henao para entronizarse en las altas esferas de la sociedad colombiana, los cuales se iniciaron con la difusión en 2009 del documental *Los pecados de mi padre*, dirigido por el cineasta argentino Nicolás Entel, en donde *el hijo de Pablo Escobar les pide perdón a los hijos de Luis Carlos Galán y Rodrigo Lara* (*Semana*, 17 de octubre de 2009). Ahora bien, en todos estos dimes y diretes, el único que *sale bien parado* es el propio capo del narcotráfico, Pablo Emilio Escobar Gaviria, a quien, no obstante, algunos consideran como el peor –es decir, *el más grande*– criminal de la historia colombiana.

Es sabido que la historia es un antojadizo juego de memoria y de olvido que se decanta y se renueva al compás del diario trajinar de los pueblos. Tanto más cuanto mayor es el cúmulo de remembranzas ingratas con que hay que cargar, pues es difícil enfrentar los retos que depara el día a día si se cae en la obsesión de andar recordando los males del pasado. Quizás por ello, la memoria colectiva tiende a tratar con excesiva indulgencia a los grandes malhechores que otrora perjudicaron y trastornaron tantas vidas. El caso no es extraño, antes todo lo contrario: los ejemplos cunden por doquier. Uno muy reciente es el de John Jairo Velásquez Vásquez, reconocido lugarteniente de Pablo Escobar, quien, después de pagar veintitrés años de prisión y de admitir “que mató a más de 250 personas y que participó en la muerte de otras 3.000”

(Vivas Barandica, 2014), salió de la cárcel en agosto de 2014 (*El Tiempo*, 26 de agosto de 2014). Este siniestro personaje, destacado también por su locuacidad y su cinismo, confesó en una entrevista concedida a un noticiero de televisión, en octubre de 2015, que “la gente no cree que estoy en Medellín, por los enemigos que tengo. Incluso la gente es muy amable, se toma fotos conmigo y hasta me piden autógrafos” (*Noticias Caracol*, 10 de octubre de 2015). En resumidas cuentas, es toda una celebridad. De hecho, hasta ha sido consultado por algún medio noticioso como experto en temas de narcotráfico y violencia. Su mérito consiste, ni más ni menos, en ser un superviviente y eso parece bastar:

“Yo estoy condenado por todos los delitos del Cartel de Medellín, por la muerte de Luis Carlos Galán, el atentado del avión de Avianca, las bombas en Cali, Bogotá y Medellín, por todas las muertes que ocasionamos”. Con cierto orgullo me muestra [dice el periodista] dos impactos de bala que no pudieron acabar con su vida. Uno entró y salió por un costado de su brazo. El otro por su pecho, le rozó el corazón y salió por la espalda. El policía que hizo el último disparo murió segundos después, “reaccioné rápido y lo maté” (Vivas Barandica, 2014).

Un superviviente: él está y sus víctimas no. Él sobrevivió donde otros no pudieron. ¿Será suficiente este azaroso resultado para convertirlo en un ser excepcional? Puede ser. Pero su maestro –Pablo Escobar–, a quien sus ingentes peripecias no le alcanzaron finalmente para sobrevivir, sí logró escapar de la muerte muchísimas veces, y eso también lo convierte en un superviviente (Canetti, 2011). Incluso, se puede decir que en todos los aspectos de su vida llegó más lejos: mayor riqueza, mayor poder, mayor astucia, mayor crueldad, mayor temeridad, mayor maldad, mayores víctimas, mayores riesgos, mayor cantidad de supervivencias... Todo eso hace que, aún después de su fallecimiento, ejerza una fascinación mucho mayor que su discípulo, pues este mundo está encauzado bajo el *fatum* del superviviente⁵. Al final, sea como sea –es decir, vivos o muertos–, son los supervivientes quienes ganan la partida. No existe una razón más poderosa que ésta para que un villano resulte convertido en héroe como resultado de las enrevesadas lucubraciones que se gestan en los intrincados vericuetos del imaginario popular.

Adicionalmente, el oscuro pasado de los criminales resulta ser un fardo demasiado oneroso como para llevarlo a costas indefinidamente. En ese sentido, se prefiere

5. Este problema lo desarrollaremos en otro trabajo, ya que, debido a su extensión, en este lugar solo alcanzaremos a dejarlo enunciado.

buscar algún rasgo, por pequeño que sea, que permita detectar algo bueno en ellos y olvidar lo demás. Así, por ejemplo, en los años cincuenta circuló en Colombia –con cierto éxito y en varias versiones, de las cuales se puede acceder en *youtube* a una de ellas, interpretada en estilo *guasca* por Luis Eduardo Gutiérrez e Isaura Zapata, y con la supuesta autoría de Espitia y Cardona– la canción *Corazón de bandido* (Duetto Las Américas, Años 50). Esta canción, que al parecer constituía una adaptación –o, quizás, un plagio– de una canción homónima del folclorista chileno Crispulo Gándara, decía, más o menos, así:

Desde muy tierno abandonó la madre/El hijo aquel de quien les voy a hablar/Y la madre que lo amaba con locura/Siguió sus huellas y no lo pudo hallar/Siguió el camino errante y libertino/Dejó a la madre sumida en el dolor/Y después de convertido en asesino/Para el mundo su figura fue un terror/Transcurrieron veinte años y la madre/A su hijo tan querido no encontró/Y en el pueblo se oyó una voz de alarma/Que llegaba un bandido aterrador/Recorrió el pueblecito haciendo estragos/Ni a los niños respetaba este bribón/Y una tarde cuando las hojas caían/En la puerta de una choza se paró/El bandido sin compasión a una viejecita/Un cigarro encendido le pidió/Y ella al dárselo temblándole las manos/La figura de su hijo conoció/Para darle las gracias el bandido/Un puñal a la viejecita iba a clavar/¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Exclamó ella/No me mates: soy tu madre ¡Ten piedad!/Horrorizado el bandido al ver la madre/Volvió el arma y en su pecho la clavó/Y la madre postrada ante una imagen/Clamaba: ¡perdónalo señor!

Obsérvese que la canción muestra, por un lado, el amor incondicional de una madre por su hijo criminal, pese a que *ni a los niños respetaba este bribón*. Bribón que también iba a matarla a ella en agradecimiento por haberle dado, con la mano trémula por el miedo, un cigarro encendido. Por otro lado, se muestra a un bandido capaz de las peores atrocidades que, al enterarse –*horrorizado*– de que estuvo a punto de matar a su propia madre, prefiere darse muerte a sí mismo, en el acto, y sin pensarlo dos veces. En conclusión, sólo el amor por la madre pudo desmoronar a este cruel asesino. Por su parte, la madre, ajena e indiferente a las brutalidades cometidas por el hijo descarriado, implora al cielo su perdón. Cabe suponer que, después del perdón concedido por la madre, vendrá el perdón otorgado por la sociedad, el cual está implícito en los últimos versos de la canción, en donde emerge abruptamente la siguiente moraleja: Un hombre que ama tanto a su madre –y, por extensión, a su familia o a sus hijos– que puede dar la vida por ella –o ellos–, no puede ser tan malo. ¿Y de sus víctimas? Qué más da.

Referencias

- Bahamón, Augusto (1991). *Mi guerra en Medellín*. Bogotá, Colombia: Intermedio Editores.
- Bataille, Georges (1983). *El verdadero Barbazul (La tragedia de Gilles de Rais)*. Barcelona, España: Tusquets.
- Bowden, Mark (2001). *Matar a Pablo Escobar*. Barcelona, España: RBA.
- Canetti, Elias (2011). "El superviviente". En *Masa y poder, Obra completa 1*. Barcelona, España: Random House Mondadori.
- Cañon, Luis (2002). *El patrón. Vida y muerte de Pablo Escobar*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Castaño, José Alejandro (2012). *Cierra los ojos princesa*. Bogotá, Colombia: Icono.
- Castro Caicedo, Germán (2012). *Operación Pablo Escobar*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Coli, Jorge (2007). *L'Atelier de Courbet*, París, France, Éditions Hazan.
- Escobar, Juan Pablo (2014). *Pablo Escobar. Mi padre. Las historias que no deberíamos saber*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- García Márquez, Gabriel (2012). *Noticia de un secuestro*. Bogotá, Colombia: Norma.
- Hobsbawm, Eric (2001). *Bandidos*. Barcelona, España: Crítica.
- Legarda, Astrid (2005). *El verdadero Pablo: sangre, traición y muerte*. Bogotá, España: Dipon, Gato Azul.
- Pérez-Reverte, Arturo (2011). *La reina del sur*. Madrid, España: Alfaguara.
- Salazar, Alonso (2013). *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Vallejo, Virginia (2007). *Amando a Pablo, odiando a Escobar*. Bogotá, Colombia: Random House Mondadori.
- Winslow, Don (2011). *El poder del perro*. Barcelona, España: Random House.
- Cibergrafía
- "Es una canallada": Hermano de Pablo Escobar sobre acusaciones de su sobrino. (2 de diciembre de 2014). *Noticias RCN*. Recuperado de www.no

ticiasrcn.com/nacional-pais/una-canallada-hermano-pablo-escobar-acusaciones-su-sobrino.

“Un Robin Hood paisa”: El primer artículo sobre Pablo Escobar. (29 de mayo de 2012). *Semana*. Recuperado de www.semana.com/nacion/articulo/un-robin-hood-paisa-el-primer-articulo-sobre-pablo-escobar/258650-3. Apareció Manuela, la hija de Pablo Escobar. (15 de agosto de 2015). *Las2orillas*. Recuperado de www.las2orillas.co/aparecio-manuela-la-hija-de-pablo-escobar/.

Dueto Las Américas. (Años 50). *Corazón de bandido*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=imAP3Fa62JI>.

Como Pedro por su casa alias ‘Popeye’ camina por las calles de Medellín. (10 de octubre de 2015). *Noticias Caracol*. Recuperado de www.noticias-caracol.com/antioquia/medellin/como-pedro-por-su-casa-alias-popeye-camina-por-las-calles-de-medellin.

El hijo de Pablo Escobar convirtió a su papá en una marca de ropa. (16 de agosto de 2012). *Kienyke*. Recuperado de www.kienyke.com/historias/el-hijo-de-pablo-escobar-convirtio-a-su-papa-en-una-marca-de-ropa/.

Falleció la madre del ex capo del narcotráfico colombiano Pablo Escobar. (27 de octubre de 2006). *El Tiempo*. Recuperado de www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-3301576.

Gómez Pinilla, Jorge. (23 de septiembre de 2013). ¿Es José Obdulio, sí o no, el de la foto?. *Semana*. Recuperado de www.semana.com/opinion/articulo/foto-de-jose-obdulio-con-pablo-escobar-opinion-jorge-gomez/358637-3.

Juan Carlos Pastrana publica foto de José Obdulio con Escobar. (20 de septiembre de 2013). *Kienyke*. Recuperado de www.kienyke.com/noticias/juan-carlos-pastrana-publica-foto-de-jose-obdulio-con-escobar/.

Los pecados de mi padre. (17 de octubre de 2009). *Semana*. Recuperado de www.semana.com/nacion/articulo/los-pecados-padre/108772-3.

Loving Pablo. (22 de julio de 2006). *Semana*. Recuperado de www.semana.com/nacion/articulo/loving-pablo/80083-3.

Prieto La Rotta, Guillermo, *Pirry* (11 de junio de 2006). *Canal RCN*. Recuperado de www.youtube.com/watch?v=MxKpzJBqKyc.

Rodríguez, Ida. (sin fecha). *El Culto a Jesús Malverde*. Recuperado de www.esteticas.unam.mx/edartedal/PDF/Bahia/complets/RodriguezMalverde.pdf.

Tras 23 años de cárcel, 'Popeye' quedó en libertad. (26 de agosto de 2014). *El Tiempo*. Recuperado de www.eltiempo.com/politica/justicia/popeye-sa-le-de-la-carcel/14443175.

Vivas Barandica, Daniel. (22 de agosto de 2014). Entrevista de la edición 16 de BOCAS con John Jairo Velásquez Vásquez, 'Popeye', desde la cárcel. *El Tiempo*. Recuperado de www.eltiempo.com/bocas/popeye-uno-de-los-asesinos-cercanos-a-pablo-escobar-en-entrevista-con-revista-bocas/14425556.